

## MUNDOLOGIA

Voy a contaros la historia de una pareja sin parangón, ¡Menuda adquisición!.

Una pareja de abuelos que siempre estaba en acción. Y no estoy hablando de jugar al balón, darse un chapuzón o hacer una gran contorsión. No.

Simplemente de no quedarse asomado al balcón o sentado en el sillón al lado de la calefacción. Su lema era “si mueves las piernas mueves el corazón”. Hay que evitar la fosilización

Ellos salían a media mañana, cuando el sol empezaba a calentar, abrían la ventana, subían bien la persiana y ella, muy campechana, arreglaba la casa y preparaba la comida. Después, él se ponía su americana y ella se arreglaba muy lozana. No hacían comida vegetariana, pero preparaban platos con muchos ingredientes de la hortelana: acelgas con patatas, caldos, purés de verdura y de postre, avellana o manzana. Hay que llevar una vida sana.

Cocinaban con primor: ya sea una coliflor o un postre bien tentador. “Comer mal da malhumor”, era otro de sus lemas. Él era tan encantador que se convirtió en transmisor de las recetas de ella. Era un buen profesor para todo aquel que estuviera alrededor. Hay que ser buen comedor y bebedor, siempre con medida, no caer en el error de comer como un gran depredador.

¿Adivina que hacían también? Pues resulta que ella era una gran danzarina, de esas con vestidos de purpurina. Y a veces daba clases a la vecina, ya que a menudo la veía espiando tras la cortina. ¡Nuestra abuela es una mina, no le falta gasolina!. La vecina, en cambio, cogía tal sofoquina que necesitaba una

aspirina. Era una bailarina tan fina y genuina que paseando le tocaban la bocina, y en el cole de sus nietos la pusieron en nómina. En una cartulina adornada con una serpentina anunciaba: “Sal de tu rutina: apúntate a las clases de la abuela saltarina”. Y ella daba de propina una chocolatina a quien dejara la nicotina por una mandolina.

Y él, ¿Qué podemos decir de él? Pues que no jugaba en el casino ¡eso podía ser dañino!, jugaba al ajedrez en un lugar nada clandestino: en el parque, escuchando el trino de un estornino. Era un jugador divino, ganaba a todos, ya fuera filipino, neoyorquino o argentino. Sus amigos, Saturnino y Marcelino le acompañaban mientras se tomaban un capuchino. Como buen latino, en verano iba con su traje de lino y cuando ganaba, se tomaba su vino con un langostino. El ajedrez tuvo un éxito repentino, tanto que formó un remolino de alumnos. ¡Parecía un rabino con su pergamino!.

Los dos parecían salidos de una academia, ¡Siempre dispuestos a dar una conferencia!. Él con su elegancia, ella con su inocencia, ambos con mucha competencia. La experiencia es un grado y no tanto la corpulencia. Su ansia de enseñar impedía su atrofia. Parecían una enciclopedia, ¿Su estrategia? Luchar contra la discordia, la bazofia, la delincuencia, la altisonancia... aunque esto les provocara alopecia.

Su vida era excitante, con una actividad incesante. Sus nietos eran su mejor diamante, a los que dedicaban tiempo abundante. Ellos debían llevar el volante de sus vidas, no dedicarse a ser un tripulante. “Hay que convertirse en

gigante”, les decían, “y no en un intolerante beligerante”. ¡Hay que tener más aguante!, es de lógica aplastante. Hay que ir hacia delante y, a veces, echar mucho suavizante.

¡ Vamos a votarles para la alcaldía!, gritaban muchos. ¡Merecen la capitánía!. Dominan la Economía, la Micología, la Geometría, en fin, la Mundología. Enseñaban a todos y les movía su filantropía. Se merecen una monografía, mejor, una biografía. En fin, esta pareja es una sinfonía.

Pues eso: ¡Confieso que estos abuelos me tienen sorbido el seso! Me dejan patitieso. En cada proceso que emprendían, un progreso conseguían. Nunca cometían un exceso y siempre acababan con un beso.

Y así lo dejo impreso.